ΣΟΦΊΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

EMOCIÓN, INTELECTO Y ESPIRITUALIDAD

Conferencia dada el jueves 7 de Julio de 1898 en la Rama «Blavatsky» de Londres

POR ANNIE BESANT

(CONCLUSIÓN)

Por la propia abnegación que acompaña siempre á ese gran ímpetu de la emoción y del entusiasmo; por la pronta voluntad del individuo que lo siente, de sacrificar su propia vida, con tal de servir la vida más grande que ve sufrir en torno suyo; por el gran impulso del propio sacrificio que no tiene en cuenta el coste, sino que está pronto á darse todo entero — salud y vida y todo lo demás — con tal de aliviar el sufrimiento, añádese á la pasión y emoción kámica un matiz del plano búddhico, algún reconocimiento de la unidad que hace que parezca bien que la vida separada se de por la vida del todo. De este modo se pone en acción dentro de la vida que desenvuelve el Yo que evoluciona, una pequeña vibración en el plano búddhico, el cual arrojará sobre el kámico un ligero rayo de luz, dotándole de su propia belleza y poder atractivo, influyendo en quien lo siente — por poco considerada que haya sido su conducta, y por poco sabios que hayan sido sus actos—favoreciendo la evolución de su naturaleza espiritual, y haciendo con esto que avance un poco más en esta encarnación. La luz del plano búddhico, alumbrando la inteligencia,

pone á ésta en mayor actividad, y la permite ver una idea de que se apodera el intelecto una vez reconocida intelectualmente. El intelecto se apodera de esta gran fuerza que partió de la naturaleza kámica, cambia su dirección al paso que le deja íntegra su potencia, y utiliza la tremenda energía, encausándola hacia un fin más sabio por métodos más inteligentes, de suerte que la naturaleza toda evoluciona hacia adelante y hacia arriba, y aun dentro de los límites de una misma vida llega á notarse un gran cambio.

Es necesario no olvidar que para el progreso es absolutamente necesaria la fuerza, y que ésta se está evolucionando constantemente por medio de las emociones. Admitido que en los principios de este ímpetu emocional, puede ser una fuerza que obre muy neciamente, pero no obstante es una fuerza; al paso que si no hubiese fuerza alguna, no existiría el poder del objetivo que empujase al individuo. Le falta el vapor, y por más perfecta que sea la máquina, no funcionará por falta de vapor que la impulse. Podemos tener un ejemplar de una magnífica máquina, la que, si ponemos en movimiento, podría hacer maravillas; pero si no podemos generar el vapor en la caldera, ó si ésta es demasiado pequeña para producir la energía suficiente para poner la máquina en movimiento, permanecerá inmóvil por falta de esa misma energía que debía venir de su caldera. Ahora bien; la naturaleza kâmica es la caldera del Yo que evoluciona, y ninguna máquina, por admirable que sea, y sean cuales fueren sus posibilidades en el porvenir, puede trabajar en cualquiera encarnación dada, si le falta la fuerza que ha de ponerla en movimiento. Pero si la fuerza existe, podemos dirigirla á cualquier fin reconocido como bueno; y cuando el resplandor de la luz búddhica baja á iluminar la inteligencia, esta inteligencia iluminada conocerá mucho y empezará á utilizar la fuerza y á enviarla en una dirección mejor. Un cambio de objeto es todo lo que se requiere en estos casos. Dirigid la misma fuerza hacia un objeto más elevado y se conseguirá. La gran fuerza de la naturaleza kámica que se emplea en favorecer el yo personal, dirigida al servicio del Yo común del hombre hace al héroe, al precursor y al santo. Es un cambio en la dirección de la fuerza, originado por un cambio de objeto que se reconoce como deseable; verificad este cambio — que á veces tiene lugar por una ráfaga de luz — y entonces el total de esta energía se dirigirá hacia la persecución del objetivo más elevado.

Supongamos, sin embargo, que hay un gran desarrollo sólo de lo pu-

ramente intelectual, al paso que el lado emocional de la naturaleza se halla empequeñecido y embotado en una determinada encarnación, ó supongamos que en el curso de la evolución la tendencia haya sido especialmente hacia lo intelectual, al paso que la naturaleza emocional haya sido, vida tras vida, poco desarrollada — lo cual es muy posible, porque nuestro desarrollo es á menudo transversal; — se estará, pues, construyendo en el plano mental una magnífica máquina que en una encarnación futura será de valor inapreciable. No imaginéis por un momento que su construcción sea contraproducente; no os imaginéis que deba considerarse no deseable; es necesario para la completa y perfecta evolución; tiene que construirse, más tarde ó más temprano, en una encarnación ó en otra; pero yo me limito á considerar simplemente una encarnación para mayor claridad. Imaginad, pues, que toda la evolución se ha dirigido al desarrollo intelectual, hacia el análisis, hacia la síntesis, hacia la generación de ideas en el plano mental: ¿cuál es el fin del trabajo? La Soledad. Construímos en torno nuestro una pared para cerrar el paso á las influencias externas, tratando de permanecer serenos, tranquilos é impasibles á todo lo externo, á fin de que la energía mental, naturalmente equilibrada, pueda hacer su trabajo. Ahí tenemos la construcción de las grandes posibilidades mecánicas; pero semejante naturaleza puede encontrar en alguna encarnación dificultades insuperables en el camino de la vida espiritual. La Soledad es lo que hace que la expansión misma, que es una necesidad de la vida espiritual, sea imposible en aquel entonces, y todas las condiciones del trabajo son aquellas menos favorables á las cualidades expansivas y abarcantes. Y aun cuando semejante vida tendría un sitio de los más útiles y necesarios en la evolución total, por cuanto pondría al intelecto en magníficas condiciones de trabajo, asegurando una evolución espléndida y rápida en una próxima encarnación, sin embargo, mientras tanto, la ayuda espiritual sería prácticamente inútil para ella, porque toda la fuerza de la evolución estaría dirigida hacia el crecimiento concentrado y aislado, y no hacia el derramamiento de vida.

Ahora bien; considerando de este modo el todo de nuestra naturaleza, veremos cuán necesaria es la evolución de cada uno de los planos para el perfecto crecimiento, para la perfecta expresión del Yo. Veremos como, en lugar de poner el uno en contra del otro, el hombre intelectual despreciando al emocional, y éste expresándose duramente acerca del primero, el uno diciendo desdeñosamente que el otro es sólo frío intelecto, y éste,

con igual desdén, que el primero es sólo emoción mal regulada, el pensador equilibrado verá en cada uno un estado necesario de la evolución, y si había llegado al punto en donde pudiera prestar ayuda á cada uno, consideraría sólo la clase de ayuda que debía prestar, á fin de impulsar al hombre del modo que más le conviniera con arreglo á las actividades hacia las cuales volvía principalmente su atención su Yo interno. Porque nosotros dejamos siempre de reconocer que el Yo dentro de nosotros es el que debiera ser la fuerza directora en nuestra evolución; que no podemos decir cómo se desarrollará el Yo de otro, qué actividades desenvolverá en una encarnación, qué línea de conducta seguirá en determinada vida. El Yo mismo es el que escoge la senda que ha de seguir, y este Yo interno es el que decide acerca de sus vehículos, cuál de ellos desarrollará, en qué senda existirá para él la línea de menor resistencia en una encarnación dada. Y todo aquel que, por haberse elevado á una vida superior, puede ayudar á los que no han llegado tan alto, no tendrá en cuenta qué cualidades le gustarán más, qué senda le parecerá la más intrínsicamente deseable, sino que considerará más bien lo que el Yo esté desenvolviendo en el individuo, y cómo podrá prestar al Yo energía que le ayude en su obra en aquella encarnación que tiene entre manos. De suerte que en la obra de los grandes Maestros con la humanidad que evoluciona, esta cuestión de medios y de métodos, de tiempos y de oportunidades, ejercita una fuerza determinante sobre la naturaleza de la ayuda que prestan; y mucha gente se sentiría á menudo menos desanimada, y su juicio de la gran obra que se ejecuta en torno suyo, sería más equilibrado y verían las cosas más claras, si reconociesen que el Maestro presta su ayuda en la forma en que el individuo más la necesita, y no piensa ni por un momento si al prestar esta ayuda puede ser su naturaleza mal comprendida, ó si pueden creer que es más ó menos generoso en su contacto con algún alma determinada. Él da lo que sabe que es lo mejor; no da lo que pudiera acarrearle la mayor explosión de gratitud de la conciencia limitada de que se ocupa. Sucede, por tanto, con frecuencia, que al ocuparse de dar á un hombre ayuda de inteligencia, de gran poder mental, el Maestro presta un auxilio que jamás es apreciado por este hombre durante toda su encarnación. Le ayuda en su crecimiento intelectual, le ayuda á fortalecer y á construir más perfectamente su aparato intelectual, sin importársele, en su perfecta filantropía, en su perfecta compasión, que si este hombre conociese la existencia del Maestro, pudiera creerse abando-

nado, sin ayuda ni protección; sino que Él da, como dan todos aquellos que se hallan en esas alturas del desinterés, la ayuda exacta que necesita el Yo que evoluciona para apresurar su evolución, la clase exacta de socorro que hace el éxito final más fácil que lo que de otro modo sería.

No puedo menos de pensar que, si como estudiantes considerásemos algunas veces el asunto de este amplio modo, mirándolo á la luz del conocimiento teosófico, nos haríamos más compasivos, más tolerantes y más caritativos con la infinita diversidad de evolución que vemos por todos lados á nuestro alrededor; podríamos ayudar mejor á nuestros hermanos y sentirnos más agradecidos por la ayuda misma que recibimos.



LOS ANALES ÂKÂSHICOS

(CONCLUSIÓN)

PUEDE haber todavía mucha gente que niegue la posibilidad de la previsión, pero semejante negativa demuestra simplemente su ignorancia de las pruebas que existen sobre el asunto. Un gran número de casos auténticos no permiten dudar del hecho, pero muchos de ellos son de tal naturaleza, que hacen muy difícil encontrar una explicación racional. Es evidente que el Ego posee cierta dosis de la facultad de previsión, y si los sucesos previstos fueran siempre de gran importancia, podría suponerse que un estímulo extraordinario le permitía cada vez hacer una impresión clara de lo que veía sobre su personalidad inferior. Esta es, sin duda alguna, la explicación de muchos de los casos en los que se ha previsto la muerte ó graves desastres; pero se conoce un gran número de ejemplos en que tal explicación no resulta adecuada, puesto que los sucesos previstos son con frecuencia excesivamente triviales y sin importancia.

Una historia de segunda vista, bien conocida en Escocia, ilustrará lo que acabo de decir. Un hombre que no creía en lo oculto, fué avisado por un montañés vidente de la próxima muerte de un vecino suyo. La profecía fué comunicada con mucha riqueza de detalles, incluyendo una descripción completa de los funerales, con los nombres de los portadores de las cintas del paño mortuorio, y de otras personas que estarían presentes. Parece que el oyente se rió de toda la historia, olvidándola en segui-

da; pero la muerte de su vecino, en el tiempo predicho, le recordó el aviso, y determinó falsificar la predicción, por lo menos en parte, siendo él uno de los portadores de las cintas. Pudo conseguir que las cosas se arreglaran á su gusto, pero en el momento en que el entierro se iba á poner en marcha, le llamaron para un asunto de poca importancia, que sólo le retuvo uno ó dos minutos. Al volver á toda prisa á ocupar su puesto, vió con sorpresa que la procesión se había puesto en marcha sin él, y que la predicción se había cumplido exactamente, porque los cuatro portadores de las cintas eran los que habían sido indicados en la visión.

Ahora bien; este fué un asunto insignificante, sin importancia para nadie, definidamente predicho meses antes; pero aun cuando se ha tratado de alterar en algún detalle, el intento ha fracasado por completo. Ciertamente que esto se parece mucho á la predestinación, hasta en los más pequeños pormenores, y sólo examinando esta cuestión desde planos superiores, es como podremos encontrar el modo de escapar á esta teoría. Por supuesto, como he dicho antes acerca de otro aspecto del asunto, la explicación completa se nos escapa todavía, y es evidente que seguirá sucediendo lo mismo hasta que nuestro conocimiento sea infinitamente superior á lo que es ahora; y lo más á que podemos aspirar al presente, es á indicar la senda en la cual puede hallarse alguna explicación.

No hay duda alguna de que así como lo que está sucediendo actualmente es el resultado de causas generadas en el pasado, así también lo que suceda en el porvenir, será el resultado de causas ya en actividad. Aun aquí abajo podemos calcular que si se ejecutan ciertos actos, se seguirán determinados resultados; pero nuestro cálculo está sujeto á ser desbaratado por la ingerencia de factores que no se habían tenido en cuenta. Pero si elevamos nuestra conciencia al plano devachánico, podremos ver mucho más lejos en los resultados de nuestras acciones. Podemos seguir, por ejemplo, el efecto de una palabra casual, no sólo en la persona á quien haya sido dirigida, sino también, mediante ella, en muchas otras personas al extenderse la influencia en círculos cada vez mayores, hasta que parece que afecta al país entero; y una sola vislumbre de semejante visión, es mucho más eficaz que cualquier número de preceptos morales, para imprimir en nosotros la necesidad de una extrema circunspección en pensamientos, palabras y hechos. No sólo podemos, desde este plano, ver de un modo tan completo el resultado de cada acto, sino que también podemos ver dónde y de qué modo intervienen los efec-

tos de otros actos, aparentemente sin relación alguna con aquél, y lo modifican. En efecto; puede decirse que el resultado de todas las causas en acción en la actualidad, son claramente visibles; que el porvenir, tal como sería si no se originasen causas completamente nuevas, hállase abierto ante nuestra mirada.

Nuevas causas, por supuesto, se originan, porque la voluntad del hombre es libre; pero en el caso de la gente vulgar, puede calcularse de antemano el uso que hará de su libertad con gran exactitud. El hombre común tiene tan poca voluntad verdadera, que depende en gran parte de las circunstancias; su karma anterior le coloca en determinado medio ambiente, cuya influencia sobre él es de tal modo el factor más principal en la historia de su vida, que su carrera futura pudiera predecirse casi con certeza matemática. Respecto al hombre desarrollado, el caso es distinto; para él, también los principales hechos de su vida están determinados por su karma pasado, pero el modo con que él permitirá que le afecten, y como los tratará y hasta triunfará de ellos, es todo cosa suya, y no pueden predecirse en el plano devachánico sino como probabilidades.

Pero puede preguntarse: ¿cómo es posible, en medio de esta perturbadora confusión de anales del pasado y previsiones del porvenir, encontrar determinado cuadro cuando se necesita? Desde luego es un hecho que el clarividente no experto no puede generalmente hacerlo sin un lazo especial que lo ponga en relación con el asunto requerido. La psicometría es un ejemplo en este punto, y es muy probable que nuestra memoria ordinaria sea realmente sólo otra presentación de la misma idea. Parece como si hubiera una especie de lazo magnético ó afinidad entre cualquier partícula de materia y los anales que contienen su historia; una afinidad que le permite obrar como una especie de conductor entre esos anales y las facultades de cualquiera que pueda leerlos.

Por ejemplo: una vez traje yo de Stonehenge un pedacito de piedra, no mayor que la cabeza de un alfiler, y al ponerlo en un sobre y dárselo á una psicómetra que no tenía idea alguna de lo que era, ésta empezó inmediatamente á describir aquellas ruinas maravillosas y el desierto país que las rodea, y luego prosiguió describiendo de modo vívido lo que evidentemente eran escenas de su historia primitiva, demostrando que aquel diminuto fragmento había sido suficiente para ponerla en comunicación con los anales relacionados con el lugar de donde procedía. Las escenas por las que pasamos en el transcurso de nuestra vida, parece que obran

del mismo modo sobre las células de nuestro cerebro, como sucedió con la historia de Stonehenge sobre aquella partícula de piedra; establecen una relación con aquellas células, por cuyo medio nuestra mente se pone en relación con aquella parte particular de los anales, y así nos «acordamos» de lo que hemos visto.

Hasta el clarividente experto necesita algún lazo para poder encontrar los anales de un suceso para él ignorado. Si, por ejemplo, desease observar el desembarque de Julio César en las costas de Inglaterra, tiene varias maneras de intentarlo. Si acaso hubiese visitado la escena del suceso, el modo más sencillo sería evocar la imagen del lugar, y luego recorrer sus anales hasta llegar al período deseado. Si no hubiese visto el sitio, podía recorrer el tiempo pasado hasta la fecha del suceso, y luego buscar en el canal una flota de barcos romanos, ó podía examinar los anales de la vida romana por aquella época, en donde no tendría dificultad en encontrar una figura tan prominente como la de César, ó en seguirle la pista una vez que lo hubiera encontrado en sus guerras de las Galias, hasta que puso el pie en Bretaña.

La gente pregunta á menudo acerca del aspecto de estos anales, si aparecen cerca ó lejos de la vista, si las figuras en ellos son grandes ó pequeñas, si los cuadros se suceden unos á otros como en un panorama, ó se confunden uno con otro como vistas disolventes, etc. Sólo puede contestarse que su apariencia varía hasta cierto punto con arreglo á las condiciones en que se les ve. En el plano astral, la reflexión es casi siempre un simple cuadro, aunque á veces las figuras que se ven están dotadas de movimiento; en este caso, en vez de una mera ráfaga, ha tenido lugar una reflexión más larga y perfecta.

En el plano devachánico tienen dos aspectos muy diferentes. Cuando el visitante de este plano no está pensando en modo alguno acerca de ellos, los anales constituyen simplemente el fondo de lo que quiera que esté pasando, lo mismo que la reflexión en un espejo colocado en el extremo de una habitación, puede formar un fondo á la vida de la gente que en ella esté. Debe siempre tenerse presente que en estas condiciones son meras reflexiones de la incesante actividad de una gran Conciencia de un plano más elevado, y tienen mucho la apariencia de una sucesión sin fin del recientemente inventado *cinematógrafo* ó fotografías vivientes. No se funden unos con otros como las vistas disolventes, ni es una serie de cuadros que se suceden, sino que la acción de las figuras reflejadas con-

tinúa constantemente, como si uno estuviera observando á los actores en un escenario lejano.

Pero si el investigador fija su atención especialmente en una escena dada, ó desea evocarla ante sí, verifícase inmediatamente un cambio extraordinario; pues siendo éste el plano del pensamiento, el pensar en una cosa es ponerla instantáneamente en presencia de uno. Por ejemplo: si un hombre quiere ver los anales del suceso á que nos hemos referido antes — el desembarco de Julio César — encuéntrase en el mismo momento no mirando un cuadro, sino en la orilla del mar en medio de los legionarios, desarrollándose la escena en torno suyo exactamente bajo todos aspectos, como si hubiese estado allí presente corporalmente aquella mañana de otoño del año 55 antes de Cristo. Dado que lo que ve es una reflexión, los actores están, por supuesto, completamente inconscientes de su persona, así como tampoco ningún esfuerzo de su parte puede cambiar el curso de la escena en lo más mínimo, excepto solamente que puede dirigir la rapidez con que el drama se despliega ante sus ojos; puede hacer que los sucesos de todo un año pasen ante él en el transcurso de una hora, ó puede en cualquier momento detener totalmente el movimiento, y mantener cualquier escena particular en la inmovilidad de un cuadro por el tiempo que quiera.

Y no sólo observa lo que hubiese visto si hubiese estado allí presente, sino mucho más. Oye y comprende todo lo que la gente dice, y penetra todos sus pensamientos y motivos; y una de las posibilidades más interesantes de las muchas de que dispone el que haya aprendido á leer los anales, es el estudio del pensamiento de las edades del remoto pasado, el pensamiento de los hombres de las cavernas y de los moradores de los lagos, así como el que regía la poderosa civilización de los Atlantes, del Egipto ó de la Caldea. De qué manera se abren ante tal estudiante las perspectivas del pasado — no sólo la historia de todos los grandes hechos del hombre, sino también del proceso de la naturaleza, de la vida caótica extraña de las primeras rondas — sólo podemos indicarlo aquí ligeramente: pero el lector comprenderá fácilmente qué campo ilimitado se abre aquí para el investigador paciente.

En un caso especial puede haber para el lector de estos anales un lazo de simpatía aún más estrecho con el pasado. Si en el curso de estas investigaciones tiene que observar algunas escenas, en las cuales él mismo ha intervenido en vidas anteriores, puede examinarlas de dos modos:

puede mirarlas del modo usual como un espectador (aunque siempre, téngase presente, cuya penetración y simpatías son perfectas), ó puede nuevamente identificarse con aquella personalidad suya, muerta hace tanto tiempo; puede retornar por el momento á aquella vida del pasado, y experimentar otra vez absolutamente los mismos pensamientos y emociones, las alegrías y los dolores de un pasado prehistórico. No puede concebirse aventura alguna más extraña y vívida que algunas de esas por las cuales puede pasar de este modo; sin embargo, en medio de todo el proceso, no debe nunca perder la conciencia de su individualidad: debe conservar el poder de tornar á voluntad á su presente personalidad.

La exacta lectura de los anales, ya sean del propio pasado de uno ó del de otros, no debe, sin embargo, suponerse como un hecho factible para nadie, sin una educación cuidadosa previa. Como ya se ha dicho, aunque en el plano astral pueden obtenerse reflexiones ocasionales, es necesario el poder de usar el sentido devachánico antes de que se llegue á obtener lecturas en que se pueda confiar. A la verdad, para reducir á su mínima expresión la posibilidad del error, este sentido tiene que estar por completo dominado por el investigador en el estado de vigilia en el cuerpo físico; y para adquirir esta facultad, se requiere años de labor incesante y de la más rígida propia disciplina. Mucha gente parece que cree que tan pronto ha firmado su solicitud é ingresado en la Sociedad Teosófica, va á recordar por lo menos tres ó cuatro de sus vidas pasadas; verdaderamente, hay algunos que pronto empiezan á imaginarse recuerdos. Actualmente hay, según creo, cuatro personas perfectamente seguras de que en su última encarnación fueron: María, reina de los escoceses (el por qué María Estuardo es tan frecuentemente elegida, no está muy claro, considerando el carácter que la historia le atribuye, pero tal es el hecho); dos que fueron Cleopatra (otro antepasado no muy deseable ciertamente); y varios que fueron ¡Julio César! Por supuesto, tan extravagantes pretensiones hacen recaer simplemente el descrédito sobre aquellos que son tan necios que no vacilan en expresarlas; pero, por desgracia, una parte de este descrédito es posible que se refleje, por injusto que sea, sobre la Sociedad á que pertenecen; de suerte que un hombre que siente bullir en sí la convicción de que ha sido Homero ó Shakespeare, haría bien en reflexionar y aplicar pruebas de sentido común en el plano físico, antes de dar la noticia al mundo.

Es mucha verdad que algunas personas han tenido en sueños vislum-

bres de escenas de vidas pasadas; pero naturalmente éstas son, por lo general, fragmentarias y de poca confianza. Yo mismo he tenido en mi juventud una experiencia de esta naturaleza. Entre mis sueños observé que había uno que se repetía constantemente: un sueño de una casa con un pórtico que daba á una hermosísima bahía no lejos de una colina, en cuya cima se elevaba un bello edificio. Yo conocía aquella casa perfectamente, y estaba tan familiarizado con la disposición de sus habitaciones y con la vista que se percibía desde su puerta, como lo estaba con las de mi propia casa en la vida presente. En aquel tiempo no sabía nada acerca de la reencarnación, de manera que sólo me parecía una simple coincidencia el que este sueño se repitiese tan á menudo; y sólo después de algún tiempo de haber ingresado en la Sociedad Teosófica, fué cuando enseñándome uno, que sabía, escenas de mis pasadas encarnaciones, descubrí que este sueño persistente había sido en realidad un recuerdo parcial, y que la casa que tan bien conocía, era una en que yo había nacido hacía más de dos mil años.

Pero aun cuando se conocen varios casos en los que una escena que se recuerda bien, ha pasado así de una vida á otra, es necesario un desarrollo considerable de las facultades ocultas, antes de que el investigador pueda seguir definitivamente una línea de encarnaciones, ya sea suya ó de otros. Esto se hace claro si tenemos presente las condiciones del problema que hay que resolver. Para seguir á una persona desde esta vida á la que le ha precedido, es necesario, en primer término, rastrear su vida presente hacia atrás hasta su nacimiento, y luego seguir en sentido contrario las etapas del descenso del ego á la encarnación. Esto nos llevaría, por supuesto, eventualmente al estado del ego en su propio plano: el nivel Arûpa del Devachán; así se verá que, para ejecutar tal tarea de modo eficaz, el investigador debe poder usar del sentido correspondiente á aquel elevado nivel en estado de vigilia en su cuerpo físico, en otras palabras: su conciencia tiene que reconcentrarse en el mismo ego que se reencarna, y no ya en la personalidad inferior. En este caso, al ser despertada la memoria del ego, sus pasadas encarnaciones se le aparecerán como un libro abierto, y podría, si quisiera, examinar el estado de otro ego en aquel nivel, y seguir su vida pasada en los planos devachánico y astral que á aquel conducían, hasta llegar á la última muerte física de este ego, y por medio de ésta á su vida anterior. No hay más que este modo por medio del cual la cadena de vidas puede seguirse con seguri-

dad absoluta, y por consiguiente, podemos desde luego considerar como impostores conscientes ó inconscientes á los que se anuncian que pueden averiguar las encarnaciones pasadas de cualquiera, á tantos chelines por cabeza. Por demás está decir que el ocultista verdadero no hace nada público, y que jamás, en ninguna circunstancia, acepta dinero por exhibir sus poderes.

Seguramente que el estudiante que desee obtener el poder de seguir una línea de encarnaciones, puede verificarlo, aprendiendo con un maestro competente lo que hay que hacer. Ha habido algunos que persistente mente han asegurado que sólo era necesario que un hombre fuese bueno, abnegado y «fraternal», para que toda la sabiduría de las edades afluyese á él; pero un poco de sentido común mostrará en seguida lo absurdo de semejante asunto. Por bueno que sea un chico, si quiere aprender á multiplicar, tiene que dedicarse á ello y aprender; y exactamente sucede lo mismo con la capacidad de emplear las facultades espirituales. Las facultades en sí se manifestarán indudablemente, á medida que el hombre evoluciona; pero sólo puede aprender á usar de ellas con confianza y sacar el mejor partido posible, por medio de un trabajo duro y de un esfuerzo perseverante.

Considérese el caso de los que desean ayudar á otros, mientras se hallan en el plano astral durante el sueño; es evidente que mientras más conocimientos posean aquí, más valiosos serán sus servicios en aquel plano superior. Por ejemplo, el conocimiento de idiomas les sería útil, pues aun cuando en el plano devachánico se puede comprender directamente por la transmisión del pensamiento cualquiera que sea el idioma, no sucede lo mismo en el plano astral, y el pensamiento tiene que ser formulado definidamente en palabras para ser comprendido. Si, por lo tanto, se desea ayudar á un hombre en aquel plano, se debe tener algún lenguaje en común, por medio del cual se pueda comunicar con él, y por consiguiente, mientras más idiomas se conocen, más se puede extender el radio de acción. En una palabra: no existe quizá ninguna clase de conocimiento que no sea utilizable en la obra del ocultista.

Sería conveniente para todos los estudiantes el no olvidar que el Ocultismo es la apoteosis del sentido común; que las visiones que se les presentan no son necesariamente un cuadro de los anales akáshicos, ni cada experiencia una revelación de lo alto. Es mucho mejor errar por el lado del saludable escepticismo que por el de la excesiva credulidad, siendo

una regla admirable no andar buscando explicaciones ocultas á cualquier cosa, cuando una evidente física fuese bastante. Nuestro deber es tratar de conservar siempre nuestro equilibrio, y no perder nunca el dominio propio, considerando las cosas que puedan sucedernos con razón sana y buen sentido; de este modo seremos mejores teosofistas, ocultistas más sabios y auxiliares más eficaces que lo que hemos sido antes.

C. W. LEADBEATER.

La Ley Natural en el Mundo Espiritual.

Si estudiamos á grandes rasgos la historia de la religión en el mundo occidental, esto es, la historia y el desarrollo de la Iglesia y de la Teología cristianas, observamos en ella un principio fundamental: el principio del *supernaturalismo*. No sólo pretende el Cristianismo ser una religión sobrenaturalmente *revelada*, reivindicar para su fundador un puesto único como encarnación divina, aislado y diferenciado de toda experiencia humana posible en el pasado ó en el futuro, arrogarse el monopolio exclusivo de la evidencia *milagrosa*, sino que el principio fundamental inspirador de la totalidad de sus concepciones y dogmas, que fué á la vez y al mismo tiempo el origen, tanto de su fuerza como de su debilidad, ha sido el concepto del llamado mundo *espiritual* como región de experiencia y acción totalmente separada de los hechos pertenecientes al mundo llamado *natural*; una región aislada, desconocida é inaccesible, salvo por efecto de una revelación especial y por las puertas de la muerte.

La Iglesia cristiana, por lo tanto, se ha presentado como la gran excepción en la experiencia y conocimientos humanos; y por este hecho mismo, hasta se ha visto obligada á combatir, en propia defensa, la evolución natural, y el fin irresistible de la facultad intelectual y racional en el hombre.

La historia del Cristianismo es la de un prolongado conflicto entre el supernaturalismo y el racionalismo; y sea cual fuere nuestro modo de apreciar la situación actual, por mucho que aplaudamos las tendencias racionalistas que dentro de la Iglesia protestante misma observamos, el hecho es que, para todos los objetos prácticos, para todo aquello para lo cual existe como organización la Iglesia cristiana, ó para todo cuanto

puede ofrecer como verdad *espiritual*, es hoy día, y debe ser, si quiere mantenerse sobre la base de aquellas tradiciones á las que únicamente debe su existencia, un culto sobrenatural, un plan milagroso y divinamente revelado para la salvación de la humanidad.

Me refiero aquí tanto á la Iglesia Católica Romana como á la protestante.

A la Iglesia Romana debemos el principio y la imposición de esa desgraciada teología, y aquellas pretensiones y reivindicaciones monstruosas que durante tantos siglos se opusieron al desarrollo intelectual de las naciones occidentales, y llevaron á los más gloriosos representantes de la razón y de la libertad al destierro y á la hoguera.

A la pretensión de su origen sobrenatural agregó la Iglesia Romana, siglo tras siglo, la de su propia infalibilidad sobrenatural. Este es el gran elemento de su fuerza, es también el factor que seguramente causará su completa ruina, abandonada y rezagada en la gran marcha progresiva de la evolución humana, porque aquél la clava irresistiblemente al *pasado*.

Ha sido su fuerza, porque fácilmente se impone el principio de autoridad á cierta clase de egos en determinado período de la evolución. La autoridad sobrenatural reivindicada por la Iglesia de Roma, combinada con el poder temporal que logró disfrutar, y las fuerzas siempre poderosas de la codicia y de la ambición, le permitieron dominar durante siglos, y por completo, el mundo religioso y político occidental. Mas esto pertenece ya á la historia; y si es ciertísimo que se esforzará la Iglesia de Roma en sostener las doctrinas y principios que un día fueron su fuerza, no lo es menos que de este modo sólo se harán patentes su debilidad y su vejez.

¿Qué diremos de la Iglesia protestante? La Reforma protestante fué una *protesta* contra las pretensiones de la Iglesia Romana á la autoridad sobrenatural. ¿Pero introdujo acaso algún elemento más racional en los conceptos fundamentales de la naturaleza del mundo espiritual? No. Se apoyó simplemente en la *Biblia*, como testimonio y criterio de la verdad.

Nació en el supernaturalismo, y en él vive todavía; combatió y combate actualmente, en defensa de su propia existencia, al elemento racionalista de la crítica bíblica. Hubo de renunciar á muchas de las doctrinas que más estimaba, ante la fuerza irresistible de los descubrimientos científicos; pero á pesar de las doctrinas enseñadas por pocos, muy pocos de sus hombres más importantes, á quienes sus conocimientos más profundos y talento natural permiten reconocer el hecho de que el progreso de la

razón humana ha de afectar últimamente á la totalidad de la doctrina cristiana, el Cristianismo protestante hoy día, así como el Catolicismo Romano, debe su razón de ser á un supernaturalismo radical y fundamental, que coloca al mundo *espiritual* fuera y aparte del mundo *natural*, sin relación alguna en la ley natural con las condiciones que pertenecen á la evolución y experiencia humanas.

Al hablar del Cristianismo como lo hago aquí, no me refiero á las doctrinas de Jesús de Nazareth. Uno de los argumentos que los apologistas cristianos parecen inclinados á emplear en sus esfuerzos para reclamar al menos alguna originalidad en sus enseñanzas, es el de la pureza moral y ética del supuesto fundador de su religión. Separando de su vida el elemento milagroso, se atrincheran tras la pureza de sus doctrinas relacionadas con la conducta humana. Pero un conocimiento más profundo de las religiones del Oriente, echa por tierra esas pretensiones. No existe absolutamente nada de único en la llamada ética cristiana. Ni una sola máxima de conducta se encuentra en el *Nuevo Testamento* que no fuese conocida y enseñada por sabios y filósofos siglos antes del principio de la Era Cristiana. La ética y la moral son invariables en todo tiempo, y el diferenciar la ética cristiana corre pareja con la locura de intentar convertir la doctrina cristiana en la gran excepción á la experiencia universal; porque, si es distinta la ética cristiana de aquellas grandes verdades morales que en todos tiempos reconocieron y enseñaron los sabios, en tal caso, y precisamente por ser excepcional, está condenada á caer en el descrédito y el olvido.

Pero no es distinta; y cómo el monstruoso edificio del dogma cristiano y las inicuas reivindicaciones y prácticas de la Iglesia Cristiana pudieron haber nacido de las enseñanzas tan puras de Jesús de Nazareth, es uno de los problemas que aún tiene el historiador que estudiar. Ante una contradicción ó desproporción tan evidente, bien podemos preguntarnos si los orígenes tradicionales del Cristianismo no son completamente erróneos. Sabemos que las primitivas autoridades de la Iglesia destruyeron casi todos los rastros de evidencia relativos á la derivación de sus doctrinas. Adoptaron desde el principio el sistema de imposibilitar toda investigación. ¿Por qué, si sólo se proponían proclamar la *verdad?* Es posible que sólo después de transcurrido un determinado lapso de tiempo, y cuando las doctrinas cristianas ya no ofrezcan interés alguno al mundo, se descubra la verdad. Porque no perdamos de vista el hecho de que

desde que ha existido la doctrina cristiana, esto es, desde hace 1900 años, ha sido y es aún hoy día un factor necesario en la evolución de aquellos egos que se hallan bajo su influencia. El lugar que ocupa el Cristianismo es el de un ciclo dentro de un ciclo. Unos cuantos egos humanos, muy pocos, comparativamente, en su gran ciclo de evolución, en sus series de reecarnaciones, han sido atraídos á su esfera de acción. Fué para aquéllos un período necesario en su desarrollo. Por su bien ó por su mal, fué kármico.

Tampoco hemos de perder de vista el hecho de que si fuese posible hoy día presentar un cúmulo de evidencias tales contra las afirmaciones del Cristianismo, que se viesen obligados sus más fanáticos defensores á reconocer su fuerza irresistible, el resultado sería crear en éstos un estado mental tan desastroso, que pronto llenarían aquéllos nuestras casas de locos.

Pero la gran mayoría de los egos humanos jamás ha penetrado en la esfera de acción del Cristianismo. Millones y millones de almas nacidas siglos antes de la Era Cristiana, y otros muchos millones nacidas durante la misma, jamás oyeron pronunciar siquiera el nombre de Cristo. Muy perplejos se encuentran los ministros del Cristianismo ante la dificultad de englobar aquellas almas dentro de la esfera del «plano de Salvación».

Los primitivos dogmas mandaban simplemente á todas al infierno. Mas esta cómoda solución ha resultado poco aceptable al pensamiento moderno. Si la Iglesia admitiese siquiera la doctrina de la reencarnación, saldría de su atolladero, porque naturalmente podrían entonces todas esas almas adquirir, en el transcurso de los siglos venideros, el conocimiento de la doctrina cristiana necesario á su salvación final. Pero no vemos señal alguna hasta ahora que nos permita esperar adopte la Iglesia esa determinación; se nos dice, al contrario, que ésta es una de las cuestiones inútiles de indagar, pero que, sin duda alguna, Dios, en Su providencia, sabrá hallar el medio necesario. Mas si el supernaturalismo ha dominado hasta ahora en la historia de la religión en Occidente; si ha de durar su influencia por algún tiempo todavía sobre una cierta clase de egos, y si los efectos kármicos de lo que ha sembrado la Iglesia, dejan mucho quizá que agotar sobre el plano físico, no es difícil, sin embargo, percibir cuáles son los elementos y principios de la religión que han de apoderarse de las mentes y la imaginación de los hombres en el siglo próximo. El instinto religioso no puede destruirse en el hombre. Desaparecen las formas religiosas, como todo cuanto entra en el mundo de la forma; pero

la religión misma es la base de la evolución. La evolución toda, es religión. Es la dirección ascendente del gran ciclo en que es evolucionada y perfeccionada el alma humana, en el cual su naturaleza y origen divinos se convierten en materia de realización consciente. Y la religión del futuro ha de ser la que relacione definitivamente los grandes hechos de la evolución física, los de la ley natural, con aquella naturaleza superior y aquellos intereses superiores que se comprenden comúnmente bajo el término de *espirituales*.

Toda religión que se coloque á sí misma fuera de los hechos de las experiencias y de la razón humanas, que no relacione de modo definitivo las leyes conocidas de la naturaleza con los instintos y aspiraciones del alma, no tendrá jamás probabilidad alguna de ser aceptada en general por aquellos que han de dirigir el pensamiento religioso y determinar las formas religiosas del siglo venidero.

Fuera de la Iglesia Cristiana existen algunas sectas y maestros que han reconocido este hecho, y que del conocimiento incompleto y fragmentario tocante al origen y destino del hombre que puede ofrecernos la ciencia, combinado con alguna metafísica y gran parte de los principios fundamentales de la ética, noblemente intentan construir un credo ó forma de religión que esperan encuentre en un porvenir no lejano una aceptación más universal, y que en el presente responde indudablemente á las exigencias de muchos hombres.

Pero al fundarse aquellos maestros religiosos tan sólo en el conocimiento y experiencia humanos de que disponemos actualmente, dudamos que puedan sacar de ellos doctrina positiva alguna capaz de satisfacer las exigencias del siglo futuro, y hasta las de los verdaderos aspirantes á la verdad de la presente generación.

W. KINGSLAND.
(Traducido del inglés.)

(Se continuará).

EL PERÚ ANTIGUO

(CONTINUACIÓN)

ANTES de dejar esta escuela preliminar, los niños tenían que haber alcanzado un determinado grado de instrucción en todas estas diversas calificaciones que constituían un buen ciudadano. La mayor parte de ellos alcanzaban fácilmente este nivel cuando llegaban á la edad de doce años,

al paso que unos pocos menos inteligentes necesitaban algunos años más. En los maestros principales de estas clases preparatorias recaía la responsabilidad de determinar la carrera futura del discípulo, ó más bien, quizá, el aconsejarle acerca de la misma, pues á ningún niño se le forzaba á dedicarse á un trabajo que le disgustara. Sin embargo, tenía que elegir una carrera definida; y cuando ésta se decidía, se le hacía entrar en una especie de escuela técnica, especialmente dedicada á la preparación de la senda de vida que había escogido. En ésta permanecía el resto de los nueve ó diez años de su aprendizaje, dedicado especialmente á la práctica del trabajo de la clase á que debía dedicar sus energías. Esta característica era prominente en todo el esquema de su instrucción; había relativamente poca enseñanza teórica, porque después de enseñárseles unas pocas veces, se dedicaba siempre á los niños y niñas á que hicieran las cosas por sí mismos una vez y otra, hasta que adquirían completa facilidad.

Había una gran elasticidad en todo este plan; á un niño, por ejemplo, que después de la debida prueba, se veía que no era apto para el trabajo especial que había emprendido, se le permitía, previa consulta con los maestros, escoger otra vocación, y pasar á la escuela apropiada al caso. Tales mudanzas, sin embargo, parece que ocurrían rara vez, pues en la mayor parte de los casos, antes que el niño hubiese dejado la escuela preparatoria, ya había mostrado una decidida aptitud por alguna de las determinadas carreras que tenía ante sí.

Todos los niños, cualquiera que fuera su cuna, tenían la oportunidad de ser educados para entrar en la clase gobernadora del país, si lo deseaban y sus maestros lo aprobaban. La educación para este honor, era, sin embargo, tan extremadamente severa, y tan altas las calificaciones requeridas, que el número de los aspirantes parece que nunca fué muy crecido. Los maestros, á la verdad, siempre estaban alerta para observar qué niños demostraban habilidades extraordinarias, á fin de tratar de hacerlos apropiados para esta honrosa aunque ardua posición.

Había varias vocaciones, entre las cuales podían elegir los niños, además de la clase gobernadora y la sacerdotal. Había muchas clases de manufacturas, algunas con dilatado campo para el desarrollo de la facultad artística en varios sentidos; había los diferentes sistemas de trabajar los metales, de construcción y mejoramiento de maquinarias, y de toda suerte de arquitectura. Pero quizá el principal objetivo del país era el de la agricultura científica.

De ésta dependía en gran parte el bienestar de la nación, y por tanto, se le dedicaba atención preferente. Por medio de una larga serie de pacientes experimentos llevados á cabo durante muchas generaciones, habíase llegado á un profundo conocimiento de las cualidades de las diversas clases de terrenos que existían en el país, de suerte que en la época en que nos ocupamos, existía un gran cuerpo de tradiciones sobre el asunto. En lo que pudiéramos llamar los archivos del Departamento de Agricultura, guardábanse detallados relatos de todos los experimentos, pero los resultados generales estaban compendiados, para el uso popular, en una serie de breves máximas, de tal modo ordenadas, que podían aprenderse fácilmente por los estudiantes.

Los que adoptaban la agricultura como profesión, no estaban en modo alguno obligados á depender exclusivamente de la opinión de sus antepasados. Antes al contrario, se protegía toda clase de experiencias, y cualquiera que conseguía inventar un nuevo y útil abono ó una máquina que economizase trabajo, era altamente honrado y recompensado por el gobierno. Por todo el país había esparcidas un gran número de fincas rústicas del gobierno, en donde se educaba cuidadosamente á los jóveves; y aquí también, lo mismo que en las primeras escuelas, la educación era menos teórica que práctica, aprendiendo perfectamente cada estudiante á ejecutar por sí mismo todos los detalles del trabajo que más adelante tenía que dirigir.

En estas fincas-escuelas era donde se hacían todos los experimentos á costa del gobierno. El inventor no tenía que preocuparse en buscar un protector con capital para experimentar su descubrimiento, lo cual es tan á menudo una dificultad para el éxito hoy en día; bastábale con someter su idea al jefe del distrito, quien á su vez era ayudado, cuando era necesario, por un consejo de expertos, y á menos que éstos pudiesen demostrar una deficiencia evidente en su razonamiento, se ensayaba su sistema ó se construía su máquina bajo su propia dirección, sin ninguna clase de gasto ni de apuros por su parte. Si la experiencia demostraba que su invento era útil, era adoptado inmediatamente por el gobierno, y empleado donde quiera que su uso fuese beneficioso.

Los cultivadores tenían teorías muy apropiadas respecto de la aplicación debida de las diversas clases de abonos á los diferentes terrenos. No sólo usaban la materia que ahora importamos nosotros con tal objeto de ese mismo país, sino que también ensayaban toda suerte de combinacio-

nes químicas, algunas de las cuales parece tuvieron gran resultado. Tenían un sistema ingenioso, aunque pesado, para desecar pantanos, de tan buen resultado como cualquiera de los que se emplean hoy en día con tal objeto.

Habían hecho también progresos considerables en la construcción y empleo de máquinas, aunque la mayor parte parecían mucho más sencillas y groseras que las nuestras. No creo que poseyeran nada que se asemejara á la extremada exactitud en el ajuste de las piezas diminutas, que es una de las características tan prominentes del trabajo moderno. Por otra parte, aunque sus máquinas solían ser grandes y pesadas, eran eficaces, y aparentemente no se desarreglaban con facilidad. Un ejemplo que observaron nuestros investigadores, fué una máquina curiosa para sembrar semilla, cuya parte principal parecía había tenido por modelo el ovipositor de algún insecto. Se parecía en la forma á un carro muy ancho y bajo, y al ser arrastrado sobre el campo, hacía automáticamente diez líneas de agujeros separados por una distancia regular, dejaba caer una semilla en cada uno, y regaba y hasta rastrillaba de nuevo el terreno.

También era evidente que tenían conocimientos de hidráulica, porque muchas de sus máquinas funcionaban por medio de la presión hidráulica, especialmente las que se empleaban en su esmerado sistema de riego, que era muy perfecto y eficaz. Una gran parte del terreno es muy montañoso y no podía cultivarse con provecho en su estado natural; pero estos antiguos habitantes lo dividían en planicies ó huertas, de un modo muy semejante á como se hace ahora en la parte montañosa de Ceilán.

Cualquiera que haya viajado en ferrocarril desde Rambukkana á Peradeniya, habrá observado muchos ejemplos de esta clase de trabajo. En el Perú antiguo todo rincón de tierra cerca de los grandes centros de población, se utilizaba con el más escrupuloso cuidado. Había entre ellos mucho conocimiento científico, pero toda su ciencia era de clase estrictamente práctica. No tenían ninguna idea de ese estudio abstracto de la ciencia que existe entre nosotros. Hacían un estudio cuidadoso de la botánica, por ejemplo, pero de ningún modo desde nuestro punto de vista. No conocían, ni les importaba nada, la clasificación de las plantas como endógenas y exógenas, así como tampoco el número de estambres de una flor, ó el arreglo de las hojas en un vástago; lo que querían saber acerca de una planta era las propiedades que tenía, qué uso se podía hacer de ella en la medicina, como pasto ó para proporcionar un tinte. Esto lo sabían y muy bien.

Por el mismo estilo era su química: no tenían conocimiento alguno acerca del número y combinación de los átomos en un compuesto de carbono; á la verdad, no sabían una palabra de átomos ni de moléculas en lo que hemos podido observar. Lo que les interesaba era los componentes químicos que podían utilizar, los que podían ser combinados para hacer valiosos abonos para las plantas, los que podían emplearse en sus diversas manufacturas, los que producían un hermoso tinte ó un ácido útil. Todos los estudios científicos se hacían con algún objeto especial práctico; siempre estaban tratando de encontrar algo, pero siempre con un objeto definido relacionado con la vida humana, nunca sólo por el conocimiento abstracto.

C. W. LEADBEATER.

(Se continuará).

APOLONIO DE TIANA

(CONTINUACIÓN)

No podemos poner en claro en el relato de Filostrato, cuánto tiempo permaneció Apolonio con los sabios indios; pero al despedirse de ellos envió una carta á Yarchus, en la que decía: «Vine á vos por tierra, vos me habéis dado el mar. Al comunicarme vuestra sabiduría, me habéis abierto el camino del cielo. Continuaré gozando de vuestra conversación, como si aún estuviera á vuestro lado, si es que no he bebido en vano en la copa de Tántalo». Estas frases están llenas de un significado oculto, y se refieren, como puede suponerse, á los nuevos conocimientos y facultades adquiridas en una iniciación.

Ningún suceso importante parece que ocurrió á los viajeros á su vuelta de la India, por más que el relato de Damis se halla enriquecido con fantásticos cuentos acerca de la gente y lugares extraños que vieron en su camino. Apolonio, á su vuelta, residió por algún tiempo en regiones que le eran familiares en Efeso. Allí fué desde luego rodeado de multitud de prosélitos, siendo difícil comprender la celebridad que había alcanzado ya, á menos de suponer que los relatos que tenemos acerca de los primeros tiempos de su vida no indican, en modo alguno, la verdad, en lo que respecta á la extensión de su fama como filósofo. Poco después de su regreso, llevó á cabo un hecho que bien pudo hacerle célebre. Desde Efeso había ido á otros sitios y estaba en Esmirna cuando estalló en el primero de los mencionados lugares, una plaga que él había predicho. Enviáronle emisarios, rogándole que salvase á la gente del destino que la amenazaba.

Cuando oyó esto—dice Filostrato—exclamó: «Creo que no hay que retardar el viaje»; y apenas hubo pronunciado estas palabras estaba en Efeso, al modo que Pitágoras se había mostrado á un tiempo mismo en dos sitios á la vez: en Thurium y Metapontum. Otra proeza por el estilo se cuenta de Apolonio aún más sensacional, según veremos más adelante; pero, por de contado, los críticos modernos consideran los relatos de esta clase indignos de que se les preste ninguna atención seria. Sin embargo, á la luz de lo mucho que se ha publicado en los últimos años referente al dominio por los Adeptos de fuerzas naturales, desconocidas todavía de la ciencia ordinaria, no hay que despreciar como absurdo el paso rápido de uno de ellos de un sitio á otro, dentro de ciertos límites de tiempo y de distancia. Este punto lo trataremos más ampliamente al referir la desaparición de Apolonio, años después, del tribunal de Roma en que iba á ser juzgado ante Domiciano, pues ahora tenemos que ocuparnos del incidente relacionado con aquel suceso.

Habiéndose aparecido entre los efesios, dícese que Apolonio los tranquilizó, prometiéndoles que haría desaparecer la enfermedad. El relato se ocupa después de detalles que son perfectamente ininteligibles y del exorcismo de un demonio. Al no hacer caso de esto, la crítica convencional puede preguntar por qué aceptamos lo uno y rechazamos lo otro, cuando ambas maravillas son increíbles á la luz de las leyes de la Naturaleza. La contestación es que los desarrollos recientes en el estudio de la ciencia oculta, aun cuando los métodos de esta ciencia son aún en gran parte obscuros para la mayoría de nosotros, nos dan la clave que nos hace comprender cómo el llamado milagro puede hallarse dentro de los recursos de la ciencia oculta, al paso que el otro es evidentemente la manifestación de la superstición popular, presentando corrupciones corrientes de verdades ocultas. Podemos ignorar *cómo* un Adepto puede hacer desaparecer la infección de una plaga de una ciudad atacada, pero sabemos lo bastante acerca de los poderes de los Adeptos sobre las fuerzas elementales que deben hallarse detrás de cualquier forma de enfermedad, para vislumbrar la posibilidad del hecho. El demonio visible, sin embargo, expelido del cuerpo de un viejo mendigo, que después se convierte en un perro furioso, es, evidentemente, la caricatura popular del verdadero hecho oculto, tan poco comprendido por el populacho de la antigua Grecia como por el del Londres moderno. Pero el populacho de la antigua Grecia, al ver desaparecer una plaga ante el mandato de un gran filósofo investido de poder divino, tenía que explicarse el hecho de alguna manera, y puede haber dado curso á narraciones en armonía con sus groseros conceptos sobre el mundo suprafísico.

Sea como quiera, la plaga de Efeso desapareció al mandato de Apolonio, quien vivió para ver este hecho tornarse en contra suya, por obra de los que le acusaban de prácticas «mágicas». En nuestro tiempo el pensa-

miento es tan confuso referente á todos los poderes que transcienden los del ingeniero moderno, que aquellos de sus contemporáneos que negaban que Apolonio fuese un mago, suponen los críticos modernos que negaban por de contado que hubiese jamás efectuado las maravillas que se le atribuían. Este no es el sentido de su negación. El cargo de mágico en contra de uno que obrase maravillas, implicaba la adquisición de poderes en la senda de una evolución perversa, destinada á la larga á ser perniciosa á la humanidad, aun cuando en algunos casos particulares pareciese ser el agente de hechos benéficos La defensa del ejecutor de maravillas se basaba en la teoría de que sus poderes habían sido adquiridos por medio de la divina perfección de su carácter y naturaleza; que era un verdadero Adepto, en la moderna y elevada acepción teosófica de la palabra.

Al parecer, Apolonio, después de este incidente de la plaga de Efeso, pasó mucho tiempo vagando por Grecia é islas adyacentes. Cuéntanse muchas historias de él que demuestran previsión clarividente, así como el «echar malos espíritus del cuerpo»; pero estas son cosas que hacen recordar de lo que es capaz la imaginación popular, al paso que en el relato vemos muy poco ó nada acerca de las verdaderas palabras del filósofo maestro. Que éstas debían causar gran impresión, es lo que podemos deducir por la ilimitada veneración pública que se le tributaba.

Hizo su primera visita á Roma durante el reinado de Nerón. La filosofía no gozaba de favor en aquellos días en la ciudad imperial, y en su camino fué avisado de que él y sus partidarios correrían peligro. Moró en los templos pasando de uno á otro, «y en ninguno dejó de introducir alguna reforma». Tigellino era en aquel tiempo el favorito todo poderoso y el amo de la ciudad bajo el Emperador. Parece que temía á Apolonio al oir su habilidad en profetizar los sucesos. En una ocasión este sentimiento fué realzado por un curioso incidente. Habían oído á Apolonio hablar severamente del Emperador por su conducta con relación á «bufones y burlones». Fué llamado ante Tigellino y

Presentóse un delator, bien instruído, que había causado la ruina de muchos. Llevaba en sus manos un rollo donde estaba escrita la acusación, que blandía como si fuera una espada ante los ojos de Apolonio, alabándose de que la había afilado bien y que había llegado su hora. Después de esto, Tigellino desenvolvió el rollo, y ¡oh sorpresa! ni caracteres ni letras se veían en ninguna parte.

Esta desaparición de la escritura recuerda un extraño incidente que he oído, de fecha reciente, en que un documento importante presentado en un juicio legal, se encontró que no era más que una mera hoja de papel en blanco. Aparece también en escena el conocimiento que poseen los estudiantes ocultos modernos, para acreditar una historia que de otro modo hubiera sido considerada como una fábula absurda.

Tigellino, después de esto, llevó á Apolonio á un sitio más reservado del Tribunal y conversó con él, concluyendo por decirle que podía ir don-

de quisiera, solamente debía dar fianza de que se presentaría cuando se le requiriese. «Pero ¿quién — replicó Apolonio — puede prestar fianza por aquello que no puede estar sujeto?» Observación de mucho significado en vista de sucesos posteriores.

Todas estas cosas aparecieron á los ojos de Tigellino, poder divino y sobre humano, y para demostrar que no quería habérselas con un dios, le significó que fuera donde quisiera, pues era demasiado fuerte para estar sujeto á su autoridad.

Por este tiempo Apolonio ejecutó una de sus mayores maravillas en Roma.

Una joven que estaba á punto de casarse, murió al parecer, y su féretro era seguido por el que debía haber sido su esposo, con toda la aflicción que es de suponer en el caso. Como ella era de familia consular, toda Roma le acompañaba en su dolor. Apolonio se encontró con el entierro, y dijo á los servidores: Poned en tierra el féretro, y yo secaré las lágrimas que derramáis por la joven; y preguntó su nombre después. Casi todos los espectadores presentes pensaron que iba á pronunciar una oración fúnebre. Pero todo lo que hizo fué tocar á la muchacha, y después de pronunciar unas palabras sobre ella en voz baja, la despertó de aquella muerte en que aparecía sumida. Ella empezó inmediatamente á hablar, y volvió á casa de su padre, como Alcestes hizo antiguamente cuando fué llamado de nuevo á la vida por Hércules. Los parientes de la muchacha hicieron á Apolonio un regalo de 150.000 drackmas, y él, á su vez, rogó que se le adjudicase á la novia como dote.

Este incidente, más que ningún otro, parece que ha excitado las controversias teológicas, en las cuales ha sido ahogada la mayor parte de la vida de Apolonio. Tiene una semejanza demasiado grande con los descritos en el Nuevo Testamento, para ser bien recibidos por los cristianos del tipo medioeval que no han comprendido el verdadero sublime significado de la historia del evangelio.

Ningún percance sufrió Apolonio en su primera visita á Roma, y á su terminación vagó durante algún tiempo por Grecia, y después, según se dice, estuvo en Alejandría. «Le consideraban como á un dios»—dice Filostrato, describiendo la actitud de la gente para con él. — En una ocasión en que iba seguido de una gran muchedumbre, como de ordinario,

encontró doce hombres acusados de robo que llevaban al lugar de la ejecución. Cuando Apolonio los vió, dijo: preveo que no todos serán ejecutados, pues ese hombre, señalando á uno, ha hecho una confesión falsa. Luego volviéndose á los ejecutores que los conducían, les rogó que no fuesen tan aprisa al lugar del castigo, y les recomendó que tuviesen cuidado de que el hombre que les señalaba, fuese el último en sufrir; pues veo, dijo, que no es culpable del crimen por el cual va á morir. El suceso tuvo lugar tal como deseaba. Después que ocho de ellos habían sido decapitados, un jinete llegó á escape al sitio de la ejecución, y gritó: dejad á Phorian ¡no es ladrón!, se confesó culpable de lo que era inocente por temor al tormento, según se ha puesto en claro por la confesión de los otros atormentados.

A. P. SINNET